

Editorial

JULIO PINTO

Artículos

1. DOSSIER: 30 AÑOS DE DEMOCRACIA EN ARGENTINA Y SUDAMÉRICA

Laclau. Nota sobre una teoría política

JULIÁN MELO

De nuevo sobre la democracia, lo que tenemos y lo bueno posible

CARLOS STRASSER

La desigualdad y la estructura tributaria

JOSÉ NUN

Gobierno abierto: promesas, supuestos, desafíos

OSCAR OSZLAK

El protectorado argentino y su indefensión actual: un análisis desde el realismo periférico

CARLOS ESCUDÉ

La contribución de la política y el Estado en la construcción del poder religioso

FORTUNATO MALLIMACI-JUAN CRUZ ESQUIVEL

Algunas reflexiones sobre las intenciones, el accionar y las secuelas de la última dictadura militar argentina

JUAN MANUEL ABAL MEDINA

La democracia argentina. La novedad no es el desempeño sino la resiliencia

ANDRÉS MALAMUD

Caminos trancos, iniciados y consolidados: tres décadas de política social en Argentina

FABIÁN REPETTO-FERNANDA POTENZA DAL MASETTO

2. REVISITANDO LA TEORÍA POLÍTICA DE AYER, HOY Y SIEMPRE

La fascinación por lo extraordinario: Martin Heidegger frente al elogio de "lo político"

FACUNDO VEGA



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Primera edición: junio de 2015

© 2015

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

Corrección, armado y tapa: Eudeba

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISSN 0329-3092



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Laclau. Nota sobre una teoría política

Fecha de recepción: 1-8-2014

Fecha de aceptación: 19-9-2014

Julián Melo*

"Lo que los registros de la historia sugieren fuertemente es que nadie queda por encima de la batalla, porque ella es todo lo que hay". Quentin Skinner, Lenguaje, política e historia¹

Corría el año 1996. Carrera de Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires. Todavía cursábamos en el edificio de Marcelo T. de Alvear 2230. Si la memoria no me falla, era el segundo cuatrimestre en una materia sobre cultura política. Esa fue la primera vez que me topé con una fotocopia de "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?".² Recuerdo aún hoy lo mucho que me costó aquel texto.³ Recuerdo también que, en mi juvenil prepotencia, creí haberlo entendido. Y hablaba de ese artículo, y de Laclau, con mis compañeros de la universidad. Eran todas caras raras ante la primera mención del significante vacío; eran todas caras de sufrimiento. Se trata de una época en la que todavía aprendíamos mucho de teoría de las transiciones democráticas, donde ya empezaban a despuntar discusiones en torno a la ciudadanía y los movimientos sociales, y donde, no sé por qué razones, no era tan común leer, en los programas de la gran mayoría de las materias, cuestiones atinentes al *posmarxismo*.

Laclau era ya, para el pibero⁴ cursante de la UBA que accedía a esos textos, un autor difícil. Pululaba entre nosotros el mito de que era imposible superar la tercera carilla sin haber tenido ganas de llorar. Al menos, eso circulaba entre la muchachada con la que me relacionaba. Yo sentía que lo había entendido. Hoy, hablando rápidamente, no sé si eso era cierto. Si sé, de modo performativo quizás, que aquella lectura me marcó. En ese momento no lo supe, pero fue, para un joven de entonces 22 años, el texto que me hizo tener ganas de leer más y de inmiscuirme de un modo absolutamente *caradura* en una escuela de estudios cuya dimensión, obviamente, no conocía. Toda fundación es un efecto político. En mi caso personal, y quizás en el de muchos otros, aquella fue la marca, el mojón de entrada al posmarxismo. También fue la entrada, a mis 20 años, a Gramsci, a Schmitt y a Derrida, pero, sobre todo, significó la necesidad de aprender sobre posestructuralismo.

* Investigador del CONICET - Profesor IDAES/UNSAM.

1. Skinner (2007).

2. Me refiero al artículo compilado en *Emancipación y diferencia* (Laclau, 1996).

3. Hablo, naturalmente, del costo de lectura e interpretación y no del costo económico del *apunte*.

4. Estoy pensando en los grupos con los que yo me relacionaba en aquel tiempo, quienes teníamos 21 o 22 años, más o menos. Sabido es que muchos de quienes nos precedían generacionalmente en la Facultad, con epicentro en la carrera de Sociología, habían accedido a la teoría laclausiana previamente. En todo caso, mi relato no tiene pretensiones de generalización. Es solo eso, un relato personal.

Un año más tarde, en 1997, luego de cursar un seminario de historia argentina reciente con el recordado Norberto Ivancich, escribí mi trabajo final acerca de la democracia como significante vacío en el discurso de Alfonsín durante la campaña electoral que lo llevaría a la presidencia en 1983. Norberto me citó, un lunes, para decirme la calificación del trabajo y pasarme comentarios. Todavía recuerdo su cara cada vez que se refería al "significante" y al "discurso". Él quería que yo dijese las cosas de modo más sencillo. Me puso una nota excelente, algo a lo que yo por supuesto no estaba acostumbrado, y me ayudó a publicarlo en 1999. Aquel texto, mi primera lectura de Laclau, iba a ser mi primer artículo. Se llamaba "Luces y sombras".

Los años posteriores, y hasta la actualidad, me encontraron, siempre por razones distintas, leyendo y rele-yendo porciones de la obra laclausiana. Discutiendo con ella, la mayoría de las veces, pero atento todo el tiempo a sus inflexiones. Pensando, siempre, en luces y en sombras; reflexionando, al fin y al cabo, en torno a sus tensiones e incompletitudes.

Breve itinerario de las batallas de Laclau

No es del todo sencillo resumir la obra de Laclau pues, como toda obra, tiene múltiples aristas, recovecos, pliegues, que la tornan inabordable si es que dicho acto se inspira puramente en una necesidad de síntesis. La obra de Laclau no es fácil de simplificar, al menos para mí. "Si seguimos la trayectoria de Laclau como teórico, nos resultará difícil descubrir una ruptura radical en su pensamiento", dicen Simon Critchley y Oliver Marchart. "Lo que encontramos, en cambio, es la ampliación o la dilucidación teórica", continúan los autores, "de aquellas intuiciones que surgieron de su activismo político" (Critchley, Marchart, 2008: 16-17). No es mi intención aquí, ni es el motivo tampoco de este texto, discutir esa afirmación de Critchley y Marchart. No obstante, me permito dudar de la linealidad pues creo que, en los más de los casos, es esa falta de linealidad la que enriquece una obra; mucho más, en el caso de Laclau. Siendo justos con el marco deconstruccionista en que nos encontramos, todas las incorporaciones que nuestro filósofo en cuestión fue realizando modificaron su visión general, y eso es, a mi juicio, enriquecedor y muy interesante de reconstruir. Habrá, en la obra laclausiana, preocupaciones centrales, mas no serán siempre tratadas de la misma manera.

Pienso entonces que un primer elemento a ser tenido en cuenta a la hora de explorar la reflexión de Laclau es "hacerlo" de modo integral pero, antes que buscando una im-poluta linealidad, intentando resaltar no solo sus combates con otras corrientes de pensamiento sino sus propios debates.⁵ Laclau es un autor que se entiende mucho mejor con una mirada de conjunto. Y por supuesto que arribar a esa mirada de conjunto es tarea compleja pues no se trata solamente de dos o tres libros seminales sino, también, de textos escritos en polémica con otros autores, de conversaciones con otros académicos, y un sinfín de intervenciones de orden público, que hoy llamaríamos mediáticas. Y es esa misma mirada lineal la que permite concluir que no hay *un* Laclau, hay varios: de eso se trata una obra, y de eso se trata un autor interesante. Siendo entonces una obra con tantas aristas y meandros, y partiendo de una mirada integral, los lectores podemos armarnos nuestro propio recorrido, resaltando determinados contenidos, obviando otros, y ninguno de esos "recortes" constituye un error básico.

5. Un ejemplo de esto es rastrear la definición del antagonismo en *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau, Mouffe, 1987), y repensarla de acuerdo a la relación establecida con la dislocación en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (Laclau, 1993). Veremos que allí la cuestión se debe mucho más a la tensión que a la linealidad evolutiva.

Esta multiplicidad depende, entre otras cosas, de una instancia del lenguaje. Laclau devino en un pensador fundamental de la política estableciendo diversos cuadros simbólicos para sostener sus afirmaciones cardinales. Este devenir, luego de sus inicios en la militancia y la academia argentina,⁶ encuentra a Laclau polemizando en el “gran campo” del marxismo.⁷ Me refiero a la publicación, en la segunda mitad de la década de 1970, de *Política e ideología en la teoría marxista* (1978). En aquel libro, nuestro autor deja ya despuntar su interés por reflexionar en torno a la autonomía de lo político. Lo hace no solamente involucrándose en el debate entre Miliband y Poulantzas sino también agregando, en el último de los capítulos de dicho texto, una interpretación del populismo y de sus posibles relaciones con el “camino al socialismo”. Si bien puede pensarse que parte central del lenguaje teórico utilizado allí por Laclau está *perimido* (principalmente en lo que respecta a la presencia de Althusser), es de notar que se dejan ver ciertos puntos de crítica por parte del autor frente al marxismo. Esos puntos harían eclosión en el probablemente más célebre libro de Laclau, escrito en co-autoría con Chantal Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, publicado en 1985.⁸

Es muy difícil calcular o medir el nivel de influencia de un libro. Sin embargo, no parece exagerado decir que *Hegemonía...* resultó ser un texto de una enorme importancia.⁹ Puede ser considerado como el mojón fundacional de lo que se ha llamado *posmarxismo*, aun mirado dentro del campo del marxismo posestructuralista. No son pocos los autores que fueron críticos de los argumentos allí vertidos; tampoco son pocos los que vieron allí, en el libro, un principio de rebelión frente a distintos encorsetamientos que la teoría marxista ofrecía como límites a la hora de concebir a las identidades colectivas.¹⁰ Es esta última cuestión la que me parece central. *Hegemonía...* ofreció la apertura a una nueva forma de pensar los procesos de configuración de esas identidades colectivas sostenida, como dijo Elías Palti,¹¹ en la deconstrucción del marxismo estructuralista. En ese proceso deconstructivo fue la reformulación del concepto de hegemonía, tal como la había interpretado Antonio Gramsci, el vector analítico fundamental. Laclau y Mouffe rescataron el carácter político de configuración de lo social, formalizando el concepto de hegemonía, y estableciendo la idea de que toda totalidad se constituye de modo contingente. La ausencia de un fundamento último, de un “significado trascendental” que explique esos mecanismos de totalización será, quizás, el *leit motiv* de una forma de pensar lo político que tendría estribaciones de toda índole.

La hegemonía, concebida en estos términos, supone que una diferencia (un particular) se vacía de contenidos singulares para comenzar a representar una totalidad que es incommensurable consigo misma. Y en ese proceso juega un rol cardinal la noción de antagonismo. Laclau y Mouffe dicen en 2002:

6. La relación de Laclau con la izquierda argentina ha sido reconstruida en distintos trabajos. Creo que, para entender la textura de esa relación, puede verse el prólogo que Laclau escribió para el libro de Enzo Regali (2012) sobre la trayectoria de Jorge Abelardo Ramos.

7. Laclau, luego del golpe de Onganía en 1966, había ido a estudiar a Inglaterra de la mano de Eric Hobsbawm, donde se radicó formalmente hasta el momento de su muerte.

8. En adelante, *Hegemonía...*

9. Como que, más allá de menciones puntuales sobre esta importancia, como la que hacen Critchley y Marchart en el texto que citamos, en ciertos ámbitos existen normas o criterios que definen los efectos de un trabajo. El volumen de citas textuales, la cantidad de referencias generales, por ejemplo. No tengo a la mano un estudio sistematizado que pruebe numéricamente la enorme influencia de *Hegemonía...*. Incluso, por el contrario, argumentar en torno al nivel intelectual de las discusiones que produjo y al nivel de producciones en las que su impacto reflexivo se ve reflejada.

10. Considero una deuda intelectual, al menos en mi caso personal, el no conocer cuánto pudo haber influido *Hegemonía...* en las teorías de la democracia que, a mediados de los años 80, estaban muy en boga en los ámbitos académicos latinoamericanos.

11. El libro de Palti (2005) al que me refiero, citado en la bibliografía central, puede ser una buena forma de involucrarse en el juego de sentidos que abre la reflexión laclausiana dentro de un campo de pensamiento en crisis como el marxismo.

"El papel central que la noción de antagonismo desempeña en nuestro trabajo cierra toda posibilidad de una reconstrucción final, de un consenso racional, de un 'nosotros' plenamente inclusivo. Para nosotros, una esfera pública, sin exclusiones y dominada enteramente por la argumentación racional, es una imposibilidad conceptual". (Laclau, Mouffe, 2002: 18)

No se trata aquí de emular críticas, que incluso muchos de nosotros ya hemos escrito en otros textos, sino de resaltar el modo en que Laclau concebía su empresa teórica.¹² Es decir, la concebía como una empresa política, como una tarea destinada a pensar los mecanismos de funcionamiento de la "esfera pública" en abierto debate con otras perspectivas o escuelas de pensamiento. Así, entender lo político en base a la lucha hegemónica y en base a los juegos de exclusiones se transformaría en un *leit motiv* altamente determinante.

Por supuesto que, en la explicación de la hegemonía a partir del juego de puntos nodales (o puntos de articulación) también comenzó, por ejemplo, a tener importancia la tan discutida y controvertida idea de signifiante vacío. No es este el lugar para replicar extensísimas discusiones dadas en torno a esta cuestión. El hecho es más bien retratar el origen teórico de algunas nociones, la de hegemonía, la de antagonismo y la de signifiante vacío, que catapultarían a Laclau a un lugar central en la discusión teórico-política mundial. Su original relectura de Gramsci, munido claramente de muchos elementos provenientes de la reflexión derridiana, dejó lugar también a la concepción de un modelo político, o para decirlo con mayor claridad, de un proyecto político: el de la democracia radical. Ciertamente, las estribaciones de la formalización teórica de la noción de hegemonía (y su contigua reflexión en torno a las identidades colectivas) han ido mucho más lejos que la cuestión de la democracia radical. No obstante, me parece que no debe perderse de vista que esa democracia radical tornaba casi en un manifiesto, a mediados de los años 80, para una nueva izquierda. Así es que la figura de Laclau, a mi criterio, necesariamente debe ser pensada en ese doble juego que constituye el de un intelectual de impronta sofisticada, filosóficamente complejo, y el de un pensador que no rehúye la reflexión en torno a los contextos políticos, y, como veremos hacia el final, que tampoco rehuyó la posibilidad de influir, con su reflexión teórica, en la realidad política de algunos países a comienzos del siglo XXI. Esto nos mostrará, entonces, que Laclau no fue exclusivamente un pensador sofisticado de lo político sino que mantuvo, quizás como herencia de su juventud, la pretensión de forjar un proyecto cultural y político plural de izquierda de orden coyuntural y concreto.

Como dijimos antes, el recorrido, la influencia y el impacto de aquel libro escrito junto a Chantal Mouffe tendría múltiples aristas. Sería leído, criticado y defendido, desde diversas ópticas y perspectivas teóricas. Se anota allí, además, el hecho de que se produjeron a su alrededor interpretaciones por parte de intelectuales de gran renombre como por ejemplo Emilio de Ípola o Slavoj Žižek, entre otros tantos. Es quizás esta multiplicidad la que ha permitido que el libro tenga fuertes proyecciones en el campo de los estudios políticos, los estudios culturales, y los relativos al psicoanálisis y la política. Se verá que no solo fue la cuestión de la hegemonía sino las nociones de discurso, de lógica de la equivalencia y de la diferencia, de punto nodal, y sobre todo la noción de antagonismo, por caso, las que suscitarían las mayores controversias y darían origen a una pluralidad de textos que pretendían reflexionar en torno a la teoría laclausiana.

Los años 90 mostrarían a un Laclau que, al tiempo que mantenía su lazo institucional en la Universidad de Essex, también recorrió parte del mundo como profesor visitante en diversas casas de estudios. Su producción,

12. Como diré al final, creo que Laclau tuvo una empresa teórica. Puede gustarnos más, menos o directamente no gustarnos, pero sostengo que no es común que un intelectual emprenda semejante labor. Es esa labor la que me gustaría resaltar aquí.

además, no perdió espesor y, si bien mantenía preocupaciones centrales en torno a los mecanismos de constitución de las identidades colectivas, fue produciendo pequeñas variaciones (por ejemplo la relación entre dislocación y antagonismo). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990) o *Emancipación y diferencia* (1996) se encuentran entre las publicaciones más afamadas de aquella década.¹³ Así, poder, representación, identidad y dislocación cobraban vigor en una obra que, al tiempo que abría nuevas posibilidades interpretativas, recuperaba lenguajes teóricos y filosóficos que volvían a bañar de sofisticación a nuestro autor. Como dijimos al principio, ya podrá verse aquí que no hay un Laclau, sino varios.

Esos mismos años 90 son, quizás, los de formación de eso que Marchart y Critchley llaman "Escuela de Essex". Confieso no haber visto o leído muchas otras veces tal denominación. Pero lo cierto es que, desde el programa de estudios que Laclau dirigía en aquella universidad, comenzaron a surgir investigadores de diversas procedencias geográficas que discutieron y pensaron junto a Laclau. Se formaron con él, pero sobre todo, pusieron a funcionar el andamiaje teórico laclausiano en una pluralidad de temas y experiencias históricas. Aunque, nuevamente, es difícil de probar matemáticamente, creo que la dedicación a la formación de investigadores que tuvo Laclau en aquellos años, y a comienzos del siglo XXI, también fue determinante para entender su influencia en una importante cantidad de campos de estudio.

Laclau y el populismo

Hacia fines de 2005, o principios de 2006, fui, junto a muchos colegas, a la presentación de *La razón populista*.¹⁴ Había muchísima gente. Era la primera vez que yo veía en persona a Laclau. Recuerdo que varios de nosotros compramos el libro, y lo discutimos, a la brevedad, en cuanta ocasión pudimos. Mi impresión es que mucha gente compró *La razón*... No sé si todos los que lo compraron lo leyeron. Lo cierto es, creo, que fue un libro destinado a generar un impacto tan importante o más que *Hegemonía*... Pero, esta vez, sin co-autoría, sin muro de Berlín al caer, y quizá sin un proyecto democrático radical de sostén. Laclau y su razón populista vinieron a impactar en un contexto que, veinte años después de *Hegemonía*..., era absolutamente diferente. No obstante, los contextos no explican todo. El libro en sí mismo tiene un porte y una densidad completamente distintos al anterior. Es un texto que no tiene un proyecto político detrás pero que, paradójicamente, ha sido retratado por muchos medios de comunicación como el libro que, posado en una mesita de luz, acompañó las noches de muchos líderes políticos latinoamericanos de los últimos años.

Mi impresión es que *La razón*... es un libro muy agresivo teóricamente pero por distintos motivos de lo que fue *Hegemonía*... Al mismo tiempo, lo considero un libro mucho más agresivo en términos políticos. El gesto teórico que marca un cambio relativamente llamativo es la incorporación de una teoría del afecto, por parte de Laclau, para pensar lo político. El gesto político que marca un quiebre, por su parte, es pensar, como lo hace nuestro autor en este libro, que política significa "construcción de un pueblo". Si la reflexión de mediados de los 80 derivaba en un proyecto democrático radical, a comienzos de este siglo esa reflexión no trocaba en un proyecto a futuro. Sencillamente, Laclau llevó a un extremo sus argumentos y fundamentó la sinonimia entre política, populismo y hegemonía. Pero, además,

13. "Poder y representación" (1994a), "The making of political identities" (1994b) y "Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía" (1997) fueron otras de las publicaciones renombradas de Laclau en aquella década.

14. En adelante, *La razón*...

trocó aquel proyecto político escrito por una actividad en el campo político coyuntural que, para muchos, se asemejó al combate a favor de un proyecto “en marcha”.

En los albores de este siglo XXI, y al son de sus cada vez más periódicos viajes a la República Argentina, Laclau gozó de una fuerte exposición pública. Más allá del dictado de clases y conferencias, generalmente destinadas a un público de corte “más académico”, la participación en diversos programas de televisión, las notas en diarios y revistas y hasta un ciclo de entrevistas realizadas por el propio Laclau en una señal de cable, le dieron a este filósofo político argentino un grado de visibilidad que, creo, no había tenido antes. Sospecho que esa visibilidad fue algo buscado: es como si Laclau hubiese querido deshacerse de aquella imagen de teórico sofisticado y abstracto, colocando a su teoría de la hegemonía y a su mirada de lo político en el centro del debate. Quizás fue un intento por “salir de la caverna”. Editoriales de diarios de gran tirada, fotos en tapas de revistas de divulgación política, entre otras, ilustraron esta etapa.

Laclau, aun en esta vorágine, o quizás por estar dentro de ella, no dejó de lado su proyecto editorial. En 2008, publicó *Debates y combates*, compilando cuatro textos que entraban en discusión abierta con las obras de autores como, por ejemplo, Alain Badiou y Jacques Rancière, entre otros. Es cierto que este libro, al estar compuesto por artículos previamente publicados por Laclau, no constituye una novedad plena. No obstante, pareciera que su aparición viene a reforzar la idea de que “dar el debate” en el campo teórico suponía, para nuestro autor, “mantener el combate” en el campo político coyuntural. *Debates y combates* no fue un nombre inocente en ese momento. Tan es así que, poco tiempo después, eligió el mismo nombre para una revista. Con esa revista, y esto me consta personalmente, Laclau pretendía tener y generar un espacio de discusión que, antes que académico, pudiese reflexionar en torno a las experiencias políticas que se venían dando en América Latina desde comienzos de siglo. Había, en el último Laclau, una clara pretensión de “intervenir” en la esfera política pública.

Pero volvamos a *La razón...* La capacidad de desarrollo teórico y la creatividad provocativa que caracterizaron a Laclau, tuvieron en ese libro una especie de explosión. No digo que haya sido un best seller ni nada por el estilo. Lo que sí digo es que, con el paso del tiempo, Laclau y su razón populista comenzaron a transformarse en un lugar inevitable para múltiples discusiones. No tengo forma de probarlo, pero creo que muchísima gente conoció a Laclau por *La razón populista*, y creo también que muchos de ellos se adentraron en la obra laclausiana yendo desde ese texto “hacia atrás”. Es cada vez más común no solamente la publicación de artículos sino la escritura de tesis de maestría y tesis de doctorado que incorporan a la obra laclausiana en sus discusiones. Es también cada vez más común que aparezcan investigadores que conocen y quieren discutir esa obra en diversos encuentros, jornadas y congresos. A mi criterio, mucho de eso se debe, antes que a una recuperación de los textos primigenios de Laclau, al impacto que tuvo *La razón...* en distintas porciones del ámbito académico nacional e internacional.

Este impacto también se dejó ver en la multiplicidad de reacciones que el texto provocó. Algunas de ellas fueron críticas, y otras laudatorias. En el medio de ello, se entregaron interpretaciones muy agresivas y hasta despectivas respecto de Laclau. Esto sucedió, para mí, porque Laclau volvió a hablar de populismo y llevó consigo toda la batería de la carga negativa que ese “ismo” porta. *La razón...* no habla mal del populismo, de modo que quienes han visto en esas experiencias políticas un fenómeno crudamente nefasto, hicieron cargo a nuestro autor de esa misma negatividad. Mi impresión es que Laclau no escribió este libro para justificar y sustentar a los denominados gobiernos del “giro a la izquierda” en la América Latina de los últimos años. Para mí, Laclau escribió ese libro para condensar su teoría de la hegemonía con su mirada de la política contextual y, sobre todo, para terminar de cerrar un camino ontológico que lo llevaba de Gramsci a Lacan. Sin embargo, creo que la propia dinámica que tomó el libro hizo que Laclau quisiese ver a su andamiaje teórico en funcionamiento históricamente concreto. No se trataba ya de dar una

explicación sobre el peronismo clásico o el varguismo brasileño. Se abría la posibilidad de ver sus desarrollos teóricos impactando en "tiempo real".

Así, quizás por el peso específico del libro del que venimos hablando, el nombre de Laclau quedó excesivamente atado al populismo y a la discusión política de las experiencias gubernamentales latinoamericanas actuales. No sé si esto constituyó un perjuicio o no para nuestro autor; lo cierto es que sí constituye una reducción. Reducción potencialmente operada por el propio Laclau, o también por sus detractores y sus defensores. Lo curioso y destacable, a la vez, es que Laclau no pasó desapercibido; obligó a su lectura y azuzó la polémica.

Epílogo

A mediados de los años 90, como relataba al principio, jamás imaginé estar, en agosto de 2014, escribiendo una nota de homenaje a Ernesto Laclau. Muchísimo menos hubiese imaginado, en aquel momento, que el homenaje vendría luego y a propósito de su lamentable fallecimiento. Tampoco imaginaba haber conocido personalmente a Laclau, haber discutido con él, haber compartido clases y mesas de discusión con él. A veces, creo, la imaginación es escueta, y el tiempo pasa, y los que nos dedicamos a la academia y al debate teórico político, nos encontramos con sorpresas que nos dejan marcas.

Hace un par de años, no más, una noche me llamó por teléfono mi padre. "En Canal Encuentro está hablando Laclau, el señor con el que vos trabajás", me dijo. Efectivamente, en 2007 participé de la creación del Centro de Estudios del Discurso y las Identidades Sociopolíticas (CEDIS) en la Universidad Nacional de San Martín. Laclau, *factótum* de esa creación, fue director honorario del Centro. Por un par de años fui secretario académico de ese centro, y luego director ejecutivo por un año más. Otra cosa que jamás hubiese imaginado cuando estaba promediando mi carrera de grado. Los años del CEDIS coincidieron con el clímax de exposición pública de Laclau, quizá por eso me llamó mi padre, y quizá incluso porque a él también le había hablado, allá por los 90, del *significante vacío*.

Los tiempos del CEDIS fueron los tiempos en los que Laclau apareció nominado, en múltiples medios, como el intelectual orgánico del kirchnerismo. Algo así como el autor que justificaba intelectualmente a ese gobierno (incluso a otros tantos más de América Latina). No me parece que sea este el lugar para discutir si Laclau quiso o no ocupar ese lugar; mucho menos, si es que ese lugar es cierto o no, o si esa denominación fue justa o injusta. Lo interesante de resaltar es que ese hecho es una marca más del lugar que ocupó el nombre de Laclau en el último tiempo. Además, es interesante preguntarse si es que el hecho de la importancia pública del nombre derivó o no en una importancia similar de su obra.

Como expresaba anteriormente, creo que la reducción de Laclau al populismo puede oscurecer la importancia de su obra en términos integrales. Pero a la vez, la difusión de *La razón...* nos mostró a un Laclau interesado y comprometido por intervenir con sus herramientas teóricas en el pensamiento político contextual. Nuevamente, esto podrá parecer controvertido para algunos, pero es claro que esa era la pretensión de Laclau: *intervenir* en el debate político actual.

Los altos niveles de exposición de nuestro autor en los últimos años coincidieron y, hasta cierto punto, impulsaron una revisión y reinterpretación tanto del populismo como de la obra general de Laclau. Al menos desde mi experiencia personal, como lo dije antes, es un hecho que hoy es mucho más común que hace una década que se escriban tesis de maestría y tesis de doctorado que lleven por objeto al populismo, cuando refieren a experiencias históricamente recordables, o que lleven por objeto debates de teoría política en los que Laclau se convirtió en un actor central. Asimismo, es cada vez más común que la obra laclausiana forme parte de las discusiones ofrecidas por programas de

estudio en distintas materias y seminarios tanto de carreras de grado como de posgrado. No sé si esto puede medirse, y mucho menos si de esto puede obtenerse un criterio de valor de influencia, no obstante, hoy se discute Laclau en una pluralidad de ámbitos. *Discutir Laclau* ya no es más una tarea reducida a un selecto grupo de intelectuales. Este es un efecto de los últimos años, probablemente no controlado por el propio Laclau, pero nos habla a las claras de un proceso que ha dado a la obra laclausiana nuevos bríos.

La forma y la dinámica hegemónica de la política fueron el eje de la reflexión laclausiana. La obsesión de Laclau, por así decirlo, era pensar en los mecanismos que se ponían en juego en la constitución de las identidades colectivas, esto es, en los modos de configuración de lo universal frente a lo particular. Como lo ha dicho Rodolphe Gasché, “uno de los numerosos méritos del trabajo político y teórico de Ernesto Laclau ha sido la enérgica reincorporación de la problemática de la universalidad en la filosofía política en una época en la cual, precisamente, ese tipo de proyecto parecería ser al menos propicio, es decir, en una época en la cual el tema se ha transformado en territorio prohibido en los discursos imperantes” (Gasché, 2008: 33). Esta enérgica reincorporación es, efectivamente, una de las fuentes no solo de la riqueza conceptual de la obra laclausiana sino también de las preguntas y los interrogantes que genera y propone.¹⁵

Laclau fue bastante más que un teórico del populismo, fue un pensador de la política de su tiempo. A fines de 1995, decía:

“Es la ‘globalidad’ de estos proyectos lo que ha entrado en crisis. Cualquiera haya de ser el signo de la nueva visión de la política que está emergiendo, está claro que una de sus dimensiones básicas habrá de ser la redefinición de la relación existente entre universalidad y particularidad. ¿Cómo pensar la unidad —tan relativa como se quiera— de la comunidad, cuando cualquier aproximación a la misma debe partir de particularismos sociales y culturales que no solo son más acentuados que en el pasado sino que son también el elemento que define el imaginario central de un grupo? ¿No excluye este imaginario toda identificación con valores humanos más universales?” (Laclau, 1996: 8).

Pensar el contexto político era, para Laclau, pensar los nuevos modos de configuración de la universalidad comunitaria. Esto puede ser valorado positiva o negativamente por el lector, pero constituye, a mi juicio, uno de los vectores cardinales de su obra. Y es, quizá, una de las dimensiones por las que la reflexión laclausiana se torna, muchas veces, imprescindible.

Reparar en esta dimensión supone comprender, obviamente, el sustrato teórico con que Laclau navegaba las aguas del análisis político. Pues allí se sostiene, creo, el verdadero carácter controversial de su obra. Planteaba nuestro autor:

“De modo que si considero que la retórica es ontológicamente primaria en explicar las operaciones inherentes a la construcción hegemónica de la sociedad y las formas que esta adopta, considero que el psicoanálisis es el camino válido para detectar las pulsiones que

15. Este eje reflexivo, el de la universalidad, se reproduce en *La razón populista*. Allí dice: “Quisiéramos, desde el comienzo, adelantar una hipótesis que va a guiar nuestra indagación teórica: que el impasse que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el ‘populismo’, como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales ‘totalizan’ el conjunto de su experiencia política” (Laclau, 2005: 16).

operan detrás de esa construcción; es, por lo tanto, el acercamiento más fructífero para la comprensión de la realidad humana" (Laclau, 2008: 402).

Uno de los puertos teórico-políticos en los que Laclau siempre atracó fue el psicoanálisis. Pero es de notar que en la última parte de su obra, como lo dice en la nota previa, la dimensión libidinal del lazo político cumplió una función determinante. Los costos, incluso los problemas, que esta centralidad libidinal puede llegar a tener en la teorización de nuestro autor no son tema para tocar aquí. Antes bien, es importante rescatar el alcance que Laclau quería darle a su intervención. "Retórica, psicoanálisis y política (concebidas como hegemonía): en esta tríada veo el futuro del pensamiento social y político" (Laclau, 2008: 402). Era esta una predicción pero, al fin y al cabo, había sido esa su propia apuesta teórica. Fue la apuesta de lo hegemónico y lo libidinal contra lo racional la que condensó su mirada global y la que estableció muchos de los combates que libró en los últimos veinte años.

Podremos estar a favor o en contra de muchos de los postulados de Laclau. Hasta sería bueno ir más allá de él mismo para reflexionar en torno a los múltiples recovecos de lo político. Aun así, creo que Laclau se convirtió en un pensador fundamental de ser leído y reinterpretado. Su prosa no fue, no es, ni será indiferente. Si en el último tiempo recibió críticas desde diversos ámbitos por su intervención pública y su mirada respecto del populismo pienso que hay mucho más en su obra. Quizá el simple paso del tiempo nos permita, a todos, integrar crítica y plenamente su obra a nuestro patrimonio de discusión sobre la política democrática. Este puede ser un anhelo torpe y lamento escribirlo en ocasión del fallecimiento de Laclau, pero, al fin y al cabo, creo que su obra se va discutir un buen tiempo más y eso, para mí, valdría la pena.

Buenos Aires, agosto de 2014

Bibliografía

- Gasché, Rodolphe (2008), "¿Qué tan vacío puede estar el vacío? Acerca del lugar de lo universal", en Marchart, Oliver y Critchley, Simon (comp.), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (1977), "Hacia una teoría del populismo", en Laclau, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI editores.
- (1993), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1994a), "Poder y representación" en *Sociedad*, N° 4, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Ediciones Manantial.
- (ed.) (1994b), *The making of political identities*, Londres, Verso.
- (1996), *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- (1997), *Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía*, Ágora, Buenos Aires.
- (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2008), *Debates y combates*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal (1987), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2004), "Prefacio a la segunda edición en español", en Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Marchart, Oliver; Critchley, Simon (comps.) (2008), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Palti, Elías José (2005), *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su 'crisis'*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Regali, Enzo Alberto (2012), *Abelardo Ramos. La izquierda nacional y la nación latinoamericana*, Córdoba, Ferreyra editor, Ediciones del Corredor Austral y Ediciones CICCUS.
- Skinner, Quentin (2007), *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.